

El corazón más duro que las rocas.

SILVANO.

Yo siempre fui, Dalmiro, desdichado,
En el presente tiempo y el pasado,
Y por distintos modos,
No sólo los amores pastoriles
Originaron mis quebrantos todos,
Que también los civiles
Alteraron mi paz y mi contento
Por rumbos más extraños,
Y en prueba verdadera de mis daños,
Oye, y duele más de mi tormento:
Yo quise en la ciudad donde vivía,
Una gallarda joven, que obsequiosa,
A mis ansias leal correspondía;
Era fina y hermosa,
Apacible y honesta,
Recatada y modesta,
De constante firmeza y de fe pura,
Y palabra segura;
Que también hay beldades
De firme corazón en las ciudades;
Pero el adverso hado,
Para que siempre fuese desgraciado,
Trocó mi feliz suerte
En mi mayor quebranto
Con su temprana muerte;
Préstame atento oído,
Y escucha con espanto,
De gemido en gemido,
La fúnebre elegía y triste canto,
Que con este motivo tan funesto
Hice bañado en llanto,
Y ahora con la pena,
Que cruel nuevamente me enajena,
Echando á mi desgracia el triste resto,
Con amargo dolor te manifiesto.

DALMIRO.

Ya te escucho, Silvano,
A tus crecidas ansias vigilante,
Y ojalá que, propicio en adelante,
Sea el cielo contigo más humano.

SILVANO.

Oye, pues, la canción en que mi pecho
Prorumpió al fin, en lágrimas deshecho:

ELEGÍA.

Rompa el misero sán de las entrañas,
Con el triste gemido de mi acento,
El enlutado viento,
Y en suspiros frecuentes,
Acompañe mis lágrimas dolientes.
Llore sobre las ruinas de un cadáver,
Que edificio se vió, donde vivía
Un alma que fué mía,
El estrago espantoso
Del prodigio mayor y más hermoso.
No cese de llorar eternamente
La pérdida fatal é irremediable
De un corazón amable,
Y de un alma tan pura,
Que añadió tanto timbre á su hermosura.
Publique mi dolor de polo á polo
La pena desmedida y el despecho
Que de mi triste pecho,
Con ímpetu rabioso,
Me arrebató la dicha y el reposo.
Fijos los ojos en la tierra dura,
La mejilla en la mano reclinada,
De lágrimas regada,
Contemplando mi pena,
Humedezco la seca y tosca arena.
Del crecido dolor arrebatado,
Extendiendo los brazos miro al cielo,
Piso confuso el suelo,
Despedazo el vestido,
Y nuevo á compasión con mi gemido,

Las lágrimas vecinas á los labios
Corren hasta los senos de la boca,
Y el dolor que provoca
Mi triste y dura estrella,
Vuelve á beber el corazón por ella.

Aquellos ojos donde hallé consuelo,
Yacen enjutos, tristes y cerrados,
Oscuros y empañados,
Y en lo que fué alegría,
Hoy encuentro el dolor del alma mía.
Llamo á mi bien y ya no me responde,
Escucho con silencio atentamente,
Discurro diligente,
Lloro, suspiro, callo,
Busco el alivio, pero no le hallo.

Con el dedo en el labio, pido á todos
La suspensión atenta y el recato;
Pero más me arrebató
Al ver que de su boca, ya cerrada,
Ni sale aliento ni se escucha nada.

El claro resplandor que de sus ojos
Al cristalino sol hizo la salva,
Y envidia fué del alba,
Ya para mi quebranto,
Cubre la triste noche con su manto.

Aquellas dos estrellas peregrinas,
Que tan crecidas dichas me influyeron,
Ya desaparecieron,
Ya me las ha ocultado
De la muerte el sacrilego nublado.

En cristalinas lágrimas bañada,
La vista melancólica y sentida,
A las flores convida
A que lloren con ella
La vecindad perdida de su huella.

Ya huiré de los sitios deliciosos,
Donde alegre gocé tiernos amores
Entre los apacibles ruiseñores,
Y sólo llegarán á mis oídos
Los ayes de los buhos doloridos.

No haré mullido asiento de las flores,
Sólo entre las malezas de los prados
Españaré lamentos alternados,
Y el pecho tejerán para mi sueño
La nociva cicuta y el beleño.

Paréceme que escucho de las aves,
En afilido canto y silbo tierno,
Con sentimiento eterno,
La falta irremediable
De su voz halagüeña y agradable.

Ya faltó para siempre de mi oído
Aquel gracioso tono y dulce acento,
Que con tanto contento,
En apacible calma,
Recreaba los senos de mi alma.

Las manos que miré resplandecientes,
Aquellas que toqué con tanta dicha,
Ya, para mi desdicha,
Veo en tiempo tan breve,
Sin mezcla de carmin, de sola nieve.

Vista ya eterno luto para siempre
Este mi triste cuerpo miserable,
Y al sán desagradable
Del misero lamento
Vaya siempre el dolor en más aumento.

No deseo el alivio en mi quebranto,
Antes bien solicito que la pena,
De compasión ajena,
El nudo de la vida desenlace,
Y con mi bien me lleve donde yace.

Sólo es la dura muerte el bien que espero,
Ella sola podrá darme alegría;
Pues como el alma mía
Ni vive ni reposa,
Sólo allá con mi bien será dichosa.

Tal me tiene mi pena, que ya ignoro,
Aunque vivo me veo, si estoy vivo,
Y de su brazo esquivo
Al duro golpe, creo
Que he muerto con mi bien y allá la veo.

Dátele de mi mal, sañuda muerte,
Escucha de mis ruegos la eficacia,

Y atenta á mi desgracia,
Restituye otra vez, compadecida,
A mi dueño y á mí la dulce vida.

DALMIRO.

Haz ya por olvidar pasadas penas,
Y de filis los ásperos rigores,
Y cerca de estas márgenes amenas,
Sobre los frescos céspedes sentado,
Disfrutando del prado los verdoros,
De tus mortales ansias distraído,
Entrega tus congojas al olvido,
Y oye, para aliviarte en tu cuidado,
La vida más feliz que has escuchado.
Ya sabes que el pastor Silvio dichoso
Era un rico señor que allá en la corte
Tuvo empleos honrosos y elevados,
Gloriosos ascendientes celebrados
En ilustres abuelos;
Y ahora más que entonces venturoso,
Con su bella consorte,
Una pequeña hija muy graciosa
Y otros tiernos hijuelos,
Habita la frondosa
Campiña que se extiende hasta la sierra,
Dueño de cuanto encierra,
En ganados, plantíos y labores,
Esa tierra espaciosa,
Abundante de frutos y de flores,
Siendo en la quieta suerte que ha elegido
Más rico y más feliz que nunca ha sido:
Oye su vida, pues; que al escucharla,
Te darán mil deseos de imitarla;
Está, Silvano, atento,
Que ella es tan natural como te cuento:

MADRIGAL.

Apénas amanece se levanta,
Almuerza bien y sale á ver su hacienda,
Se vuelve al mediodía,
Y come sin zozobra ni contienda;
Por la tarde pasea, ríe y canta
Con jovial alegría;
Llega la noche, se recoge á casa,
Y ve á sus gentes que contentas juegan,
Oye las gracias de sus tiernos hijos,
Se divierte sin tasa,
Y á los criados que del campo llegan
Pregunta por sus hazas y cortijos,
Por sus frutos, ganados y labores,
Y rodeado al fin de sus pastores,
Gañanes, hijos y mujer sencilla,
En un crecido plato ó escudilla
Cena con regocijo y con descanso,
Y disfruta después el sueño manso.

SILVANO.

Una vida tan quieta y sosegada,
Bien puede ser de todos envidiada,
Y en las crecidas penas con que lido,
Yo mucho más que nadie se la envidio.

DALMIRO.

Oye un bello soneto,
Que con pluma sucinta
Y metro concertado,
Me escribió el otro día con agrado,
Y su quietud en él así me pinta:

SONETO.

Jamás la soledad me contradice,
Su quietud á la mía da lecciones,
Oigo aquí de la paz mudas razones,
Que su silencio extático me dice.
Ningún traje ni porte aquí desdice,
En ella no hay discordias ni cuestiones,
Estímulos, ejemplos ni ocasiones,
Que hagan á la razón que se deslice;

Ni el feliz me da celos importunos,
Ni la ambición aviva mi deseo,
Hallando en todo así dicha colmada;
Pues en estos retiros oportunos,
Como nadie me ve, ni á nadie veo,
Nadie sabe de mí, ni yo sé nada.

SILVANO.

El sabio contenido
De ese bello soneto es el dechado
Que de todos debiera ser seguido,
Y yo, de su verdad estimulado,
Ya, Dalmiro, prometo
Olvidar á esa ingrata y vivir quieto.

DALMIRO.

Pues escucha de nuevo atentamente
Esta letra sencilla,
Que los días pasados,
En tonos afinados,
Al sán de mi rabel acordemente
Canté á su tierna hija jovencilla,
Junto á la choza del zagal Emilio,
En este alegre pastoril

IDILIO.

Graciosa pastorcita,
Que en una edad tan tierna,
Habitas con tu padre
La solitaria selva,
Distante del bullicio
De la ciudad inquieta,
Logra dichosamente,
En su espesura amena,
La paz con que te brindan
Las márgenes risueñas
De los claros arroyos
Y las gargantas frescas:
Goza al pié de los fresnos,
Sobre la verde hierba,
Apacible reposo,
Y en las corrientes bellas
Tu delicada mano
La clara copa sea
Con que la sed apagues,
Si acaso te atormenta;
En el florido soto
Corte feliz tu diestra
La rubicunda rosa
Y cándida azucena,
El fragante tomillo,
La espigada aljendra,
El morado cantueso
Y la sana verbena.
Llama los pajarillos
Que por el aire vuelan,
Que ellos vendrán al punto
A tu mano halagüeña,
Pues venturosos saben,
Por dichosa experiencia,
Que ella los acaricia,
Y liberal los suelta,
Escucha los gorjeos
Con que la filomena,
En deliciosos silbos,
Tu regocijo aumenta.
Con los tiernos corderos
Y cabritillos juega,
Y en los copados olmos
La blanca mano emplea
En alcanzar los nidos
De las aves pequeñas.
Cria los tiernos pollos
En tu falda, y en ella
Abríguelos tu aliento,
Déles tu boca en perlas
Más abundantes gracias,
Tus ojos más belleza,
Dulce cebo tu mano,
Y ejemplo tu inocencia,

Alcanza sin recelo
La zarzamora negra,
No temas que la espina
De la zarza te ofenda,
Pues todo queda grato
Donde tu mano llega,
Y en el inculto suelo
Donde estampas la huella,
Jamás nacen abrojos
Ni venenosas hierbas;
En vez de ásperos cardos,
Flores brota la tierra,
Y en amenos jardines
Se transforma la arena.
Los fieros animales,
Que por gala grosera,
En rudas pieles visten
Puntas de dura cerda,
Con suave ventaja,
A tu vista la truecan
En dóciles bedijas
De fina lana y seda.
Descuelga de los saucos
La templada vihuela,
Y al suave concento
De sus sonoras cuerdas
Entone tu garganta
Alguna cantilena
Con que dejes las aves
Por un rato suspensas,
Y hasta los arroyuelos
Su corriente detengan,
Pues no hay cosa en el prado
Que no te escuche atenta.
La cándida paloma
Sea de tu pureza
Símbolo venturoso,
Y enigmático emblema,
Cuando cruza los vientos
Con sus alas ligeras,
Esparciendo por ellos
Los aromas que lleva
De las floridas ramas,
Donde su nido deja.
Del riguroso Agosto
En la abrasada siesta,
Si en el sombrío valle
Al descanso te entregas,
En tu tranquilo sueño
Dulcemente te ofrezcan
Sombras las altas vides,
Lecho la fresca hierba,
Y aumenten tu sosiego
Las fuentes lisonjeras.
En el templado Mayo,
Cuando á comer te sientas,
Con feliz abundancia
Te traigan á la mesa,
Frutas el dulce otoño,
Carnes la primavera,
Blanco pan el verano,
Y el invierno la fresca
Delicada bebida
En la helada belleza
De los cándidos copos
De la nevada sierra.
Para mayor regalo,
Las cabras que apacientas
Te den la blanca leche,
El queso tus ovejas,
Y la fecunda vaca
La reciente manteca.
En el hueco de un árbol
Labre la diestra abeja
Algun panal sabroso,
Que por tu mano misma
Alegremente alcances
De la ruda corteza,
Y la miel que destilen
Los senos de la cera.
Sea tu dulce postre,
Sirviendo de bandeja

Algunas verdes hojas
De la enlazada hiedra,
Y pues en la espesura
De la abundante selva
El peral y el manzano,
El nogal y la higuera,
El cerezo y el guindo,
Y cuantos entre peñas
Sazonados frutales
Los arroyuelos riegan,
En sus dorados frutos
Tributos te presentan,
Recógelos, pastora,
Y á tu padre le lleva,
En limpios canastillos
Que de mimbres ligeras
Por tu graciosa mano
Fabriques con destreza,
La porción más madura,
Más escogida y gruesa;
Porque en su compañía,
Gustándolos contenta,
Cuando con él los partas,
Más dulces te parezcan.
Corta la tierna paja
De la reciente avena,
Y alguna pipitaña
Adereza con ella,
Y, entre tus tiernos labios,
El instrumento sea
Que en inocentes tonos
Sus ocios entretenga.
Aumenta su contento,
Y aprende de la bella
Índole de su pecho
Las venturosas sendas,
Que tantos ascendientes,
Que los anales llenan
De celebrados hechos,
Te dejaron abiertas;
Sigue en la quieta vida
De la inculta maleza,
Y con honestos juegos
Los días lisonjea,
Pues con estos empleos
Gozarás placentera
De paz y de reposo,
Descanso y complacencia,
Y huirán de estos bosques
La inquietud, la discordia y la tristeza.

SILVANO.

Con mucho regocijo te he escuchado,
Y tu canto gracioso
Debe ser celebrado
Del rabadán más culto y más curioso,
Pues estas poésias pastoriles,
Claras y naturales,
Te son más geniales
Que las altas, heroicas y civiles.

DALMIRO.

Con todo, yo deseo que me oigas,
Para dar digno fin á nuestro asunto,
En el heroico estilo, un merecido
Elogio á la cultura
Con que Silvio procura
Ilustrar este campo, enriquecido
Por su benigna mano,
Antes, en sus mansiones
Y rústica maleza,
Abrigo peligroso de ladrones
Y el fiero malhechor más inhumano;
Y ya con gentileza,
En sus amenos prados
Albergue venturoso de ganados,
Escuela de cultivos y labores,
Pensil de bellas flores,
Y en sábias competencias,
Recreo de la industria y de las ciencias.
Oye un soneto culto,
Que, del supremo Apolo por indulto,

Quiero dejar grabado
Sobre el crecido tronco
De este sauce elevado,
Al apacible són del ruido roncó
De este río que baña
La frondosa mansion de mi cabaña,
Que aunque han sido de mí muy poco usados
Los oscuros estilos figurados,
Quiero dar á entender de aqueste modo
Que aquí también se sabe hacer de todo.

SONETO.

Ya en la ruda mansion donde perpleja
Sólo el ave nocturna se escuchaba
Y el sordo silbo de la sierpe brava,
Se oye el balido de la mansa oveja;
Ya rompe el hierro de la aguda reja
El valle que infecundo se miraba,
Y el bosque que en malezas abundaba,
Al más ameno sitio se asemeja.
Sus rebaños por el Apolo guía,
Dulces jugos la vid ofrece á Baco,
Io pace la fresca y alta hierba,
Amalthea da en él fecunda cría,
Y en lo que imperio fué del fiero Caco,
Reinan ya Juno, Ceres y Minerva (1).

SILVANO.

Ya, Dalmiro, descubro,
Por estar en la fábula instruido,
El oscuro sentido
De los bellos tercetos elegantes
De tu heroico soneto,
Eruditos, concisos y brillantes;
En Apolo, que fué pastor de Admeto,
Las ovejas nos pintas de ese prado;
En Baco, el dulce vino regalado,
Y en Io, vaca hermosa,
Que teniendo de Juno los enojos,
Fué guardada por Argos con cien ojos,
Significas la gruesa y numerosa
Porción de este ganado;
En la cabra Amalthea,
Que á Júpiter crió, bien es se vea
Que estas inquietas reses nos figuras,
Y en el infame Caco, ladrón fiero,
Nos acuerdas de aquestas espesuras
El abrigo que hallaba el bandidero
En las rudas malezas,
Y ya por las bellezas
De la sábia Minerva, Juno y Ceres,
Reducidas á cultas posesiones,
Nos pintas con placeres,
Las cosechas, industria y poblaciones;
Perdona si el sentido
De tus bellas figuras no he entendido.

DALMIRO.

Todo lo has penetrado;
Pero, como no todos
Intruidos se hallan igualmente,
No entienden el estilo figurado
Por elegantes modos;
Y así, amigo, yo creo firmemente
Que es de la fiel retórica en los filos,
Para herir y mover los corazones
Y convencer con sólidas razones,
Poca la utilidad de estos estilos
Para la mayor parte de la gente,
Y que debe tomarse la figura
De la naturaleza con lisura,
Como en tiempos pasados
Lo hicieron los poetas celebrados.

SILVANO.

Soy del mismo sentir, pues la experiencia
Enseñándolo está con evidencia;
Y puesto que se acerca el mediodía,

(1) Este soneto alude á las nuevas poblaciones de Sierra-Morena.

Adios, Dalmiro amigo, hasta otro día.

DALMIRO.

Detente un poco más, y escucha atento,
Para nuevo dechado
De la vida feliz que te pondero,
Esta oda, extractada con cuidado
Y puntual esmero
Del Epodon de Horacio,
Que á mi mano llegó casualmente;
Y por no estar despacio,
Darémos fin con ellas por ahora;
Oye, que sin demora
Te la voy á leer muy brevemente:

Beatus ille, etc.

LIRAS.

Feliz el que, apartado
Del mundo y su bullicio,
Como en siglo dorado,
Vive en el ejercicio
De uncir los propios bueyes,
Dando á sus campos saludables leyes.
Ni Marte con la guerra le enfurece,
Ni Licurgo en gobiernos le ejercita,
Ni Neptuno en los mares le estremece,
Porque el peligro evita,
En tranquila morada,
Del timón, de la toga y de la espada.
Huye los peligrosos
Magníficos umbrales,
No ve los desiguales
Raptos de los altivos poderosos,
Burlando en ruda choza y pobre hato,
La lengua aduladora y doble trato.
Quieto, nada le altera;
Parco, todo le sobra,
Y en vida placentera,
No ofrece con zozobra
Oblación importuna
Al ídolo civil de la fortuna.
En su escasa campiña,
Pobre, pero contento,
El inútil sarmiento
Poda en su propia vifia,
E ingiere sus frutales,
Entretejiendo así bienes y males.
Con mano placentera
La corva hoz á las doradas mieses
Aplica, ó la tijera
Al blanco vellocino de sus reses,
Y el premio á sus fatigas
Los vellones le dan y las espigas.
En precisa tarea,
Aun más que fatigado, divertido
Vive, sin que la idea
Estimule el sentido
Con locas invenciones
Ciegos caprichos, vanas ilusiones.
Sombra le teje la copada encina,
Lecho le forma la menuda grama,
Desde donde examina
El arroyo, la flor, el ave y rama,
Y en ellos reverencia
De inmenso Sér inmensa providencia.
Pone lazos al tordo codicioso,
Acecha al temeroso conejillo,
Mata al lobo y al oso,
Aprisiona al pintado pajarillo,
Y así en su diversion y su contento
Halla su propio abrigo y su sustento.
La abeja, en su república oficiosa,
Tributa á su salud y á su regalo
Máquina prodigiosa,
Donde sin intervalo,
Dulce se saborea
El paladar, la vista y aun la idea.
Danle frutos opimos
En varias estaciones
Sus olivas y vides á racimos;
Cuyos gratiosos dones

Producen á porfía

Su precioso alimento y su alegría.

El cristalino arroyo despeñado,

Claro, aunque lisonjero,

Le dicta en su cuidado

Alivio placentero,

Y el césped en que alegre se reclina

Le ofrece verde copa peregrina.

Observa en su carrera,

Para el repartimiento de las horas,

Los luminosos astros de la esfera,

Que en sus brillantes giros y demoras

Le sirven con sus rumbos y hermosura

De natural cuadrante y de lectura.

Ve en el cielo el cometa,

Cuya gran novedad no le da susto,

Le admira, no le inquieta,

Obsérvale con gusto,

Sin que halle su rudeza

Mal presagio en su cola ni cabeza.

Truene Jove en el cielo,

Brame en el mar Neptuno,

No le causa desvelo

Ni sobresalto alguno;

Porque á quien los temores son ajenos,

Ni asustan ondas ni estremecen truenos.

Tiene el tiempo medido

Con sus ocupaciones,

Y nunca en sus acciones

El orden ha invertido

Que reparte sin sustos

Con Dios, con su trabajo y con sus gustos.

Llega á su casa, donde ya la esposa

Le tiene preparada

Comida sazónada,

Limpia y apetitosa,

Sin el nocivo ardiente

Picante incitativo del Oriente.

A la orilla del fuego en el invierno,

A la sombra de un sauce en el verano,

Pone su mesa, y con sosiego interno

De sus comodidades goza ufano,

Y sin grandes dispendios,

Sabe templar carambanos é incendios.

Es la salsa gustosa

Que mueve su apetito y su consuelo,

El natural gracejo del hijuelo,

La honestidad sencilla de la esposa;

¡Oh cuánto el cortesano se afligiera

Si lo que en esto ignora conociera!

Feliz (vuelvo á decir) el que, apartado

Del mundo y su bullicio,

Vive sin artificio,

Al cultivo entregado

De sus campos, en donde placentero,

Logra delicias del candor primero.

SILVANO.

Gracias te doy, Dalmiro, por el tiempo

Que tu lección discreta y elegante

Con tanta utilidad me ha detenido,

Dejándome de nuevo convencido

De una felicidad tan importante,

Que así afirma la paz del sér humano,

Con lo cual mucho más mi anhelo crece;

Y si otra cosa ya no te se ofrece,

Adios, sabio Dalmiro.

DALMIRO.

Adios, Silvano.

ADVERTENCIA

QUE PUSO SALAS AL FRENTE DE SUS POESÍAS
EPIGRAMÁTICAS.

Ahí te ofrezco, lector, esa pequeña colección de poesías hechas en varios tiempos, metros y asuntos: la mayor parte de las jocosas son de mi juventud, y por eso

hallarás entre ellas algunas sobre el gusto del equívoco y juego de la voz. He añadido muchas, no sólo por la variedad, sino porque en las materias festivas no dejan de tener su gracia, siempre que el equívoco no sea muy repetido, pueril y voluntario. Y al fin, porque siendo éste el último vicio de nuestra poesía, veas en ellas los pecados poéticos de mi primera edad, en que me dominaba este gusto, y de que he procurado después buscar la enmienda en la imitación de nuestros antiguos poetas de estilo grave, claro y sencillo.

CRÍTICA DE LAS VELETAS

EXTRAORDINARIAS DE MADRID, COMPUESTAS Y ADORNADAS CON ATRIBUTOS INOPORTUNOS Y AJENOS DE ESTAR EN AQUELLOS PARAJES.

En la cúpula de la iglesia parroquial de San Miguel había una veleta, cuya pala se componía de una efigie del Santo sobre una mala figura del diablo, amenazándole con una espada, y dando vueltas con el ímpetu del aire; y viéndola el autor, dijo:

Todos podemos crear
De dónde los aires vienen,
Pues los dos que lo previenen,
Muy bien lo pueden saber:
Sólo podrá suceder
Que el diablo mienta insensato;
Pero el Santo poco grato
Dirá, al ver su falsedad:
Picaro, di la verdad,
Mira que si no, te mato.

Sobre la iglesia del hospital de San Pedro, y de la torre de la parroquia, están en las veletas las llaves del cielo, con que regularmente pintan al Santo; á las cuales corresponde la siguiente

DÉCIMA.

Puestas con grande desvelo
Y con arrogante gala,
De la veleta en la pala
Se ven las llaves del cielo:
El autor lleno de celo,
Con justísima razon,
Las colocó en conclusion
En la altura en que se ven,
Para que más cerca estén
De las puertas donde son.

En la torre de la parroquia de Santa María sirve de veleta un ángel, asestando hacia la parte donde viene el aire un dardo, flecha ó lanza, en esta forma:

Hay en la torre lucida
Tres globos asegurados,
Unos y otros colocados
En disminucion medida:
Sobre la punta crecida,
Hacia donde el aire carga,
Con ademan de botarga,
Se ve un angelon ligero,
En figura de torero
Picando de vara larga.

Sobre las dos torres de San Cayetano hay dos cigüeñas que sirven de veleta, sin duda por alusión á que estas aves acostumbran á hacer sus nidos en semejantes parajes.

Ligeras y preparadas
Para dar del aire señas,
Hay dos famosas cigüeñas
En las torres colocadas.
Allí siempre avecindadas,
De los vientos en la lid,
Son, por semejante ardid,
Las únicas que *ab eterno*
Se habrán quedado en invierno
En las torres de Madrid.

Sobre la media naranja de la antigua capilla de San Isidro Labrador, con alusión á la profesion del Santo, están todos los aperos de la labranza.

DÉCIMA.

En alto se ve al desgaire
La rústica colección,
Sin duda con intencion
De hacer surcos en el aire.
Con ligereza y donaire,
Se observa de cuando en cuando
Un aguijon volteando,
Prevenido á toda ley,
Para arrear algun buey,
Si acaso pasa volando.

Sobre el alto cascaron de la iglesia de San Basilio hay una mitra, cruz, báculos y demas insignias episcopales, con alusión á la dignidad que obtuvo el santo fundador.

Sobre el alto cascaron
Hay puestas, á buena luz,
Mitra, báculos y cruz,
Que sirven de conclusion.
Con justísima razon,
Del promontorio rotundo,
Ancho, elevado y profundo,
Creerse puede, en rigor,
Que es la cabeza mayor
Que habrá con mitra en el mundo.

En la iglesia de la Victoria están en la veleta las armas ó escudo de la Religion, en esta forma:

Encima de un espigon
Se ve una inscripcion patente,
Que señala claramente
Charitas en un renglon.
Esta excelente invencion
Toda falsedad derriba,
Pues es una cifra viva,
Que publica con verdad
Que se halla la caridad
Sólo de tejas arriba.

En la antigua casa del Salvador está en la veleta el mundo, que acostumbran á ponerle en la mano.

Prueba da clara y desnuda
La veleta con razon,
De la moderna opinion
Que todo sistema muda;
Pues el autor fué, sin duda,
Del singular sentimiento
De que al impulso del viento,
Con las vueltas que ella da,
En vez de la esfera está
En el mundo el movimiento.

En la del Buen Suceso se ve una estrella en medio de la pala, sin duda por la pueril alusión al juego de vocablo con que concluye la siguiente

DÉCIMA.

Tan extraña invencion hallo,
Que sería más discreta,
Si, como es para veleta,
Fuera para algun caballo.
El autor echando el fallo
A toda infausta querella,
Hoy á la veleta bella,
Para hacerla con gran seso
Veleta de buen suceso,
La hizo nacer con estrella.

En las de las Comendadoras, y parroquias de Santiago y San Juan, se ven los respectivos escudos de las Órdenes Militares.

DÉCIMA.

Por la continua contienda
Que con los aires mantienen,

III. PS.-XVIII.

Un claro derecho tienen
A la mejor encomienda.
Razon es se las atienda
En cualquiera regalia,
Pues con tanta valentia
Y singulares alientos
Rifiendo están con los vientos
Que vienen de Berberia.

Sobre el tejado del Gabinete de la Historia Natural hay una paloma con un ramo de oliva en el pico, sirviendo de veleta.

Sobre el bello Gabinete,
Con la oliva misteriosa
Se ve una paloma hermosa,
Que á los aires se somete.
Razon es no se la inquiete
En el sitio en que se ve;
Pues siendo el lugar en que
Se guarda todo animal,
Ella la feliz señal
Trae al arca de Noé.

En el colegio de Santo Tomas sirve de veleta el perro con que pintan á Santo Domingo, el cual con la cola gobierna el aviso de los vientos, en esta forma:

Con ligereza no poca,
Del chapitel en el fin
Se ve un pequeño mastin
Con un hachon en la boca.
Cuando el calor le sofoca,
El perro por varios modos,
Ajeno de coger lodos,
Con diligencia y donaire
Se vuelve á tomar el aire
Por donde lo arrojan todos.

DÉCIMAS Á VARIOS ASUNTOS.

En elogio de un pintor de mucha habilidad en retratar.

Es tan cabal el cotejo
Que en retratar has hallado,
Que tu pincel ha llegado
Donde no pudo el espejo;
Y si al mirar su bosquejo
En una fuente tan fiel,
A manos de amor criel
Murió Narciso, ¡qué hiciera
¡Oh gran pintor! si se hubiera
Asomado á tu pincel?

Al ver tu grande destreza,
Creo que por agradarte,
Ya se ha sujetado al arte
La misma naturaleza;
Tal es el alma y viveza
Que á todos llegas á dar,
Que te se puede llamar,
Al ver tus retratos bellos,
Segundo padre de aquellos
Que llegas á retratar.

Llegando con atencion
Tus retratos á mirar,
Ellos, sin saber hablar,
Dicen á todos quién son;
Pero ya será razon
En tus elogios cesar,
Pues sólo podré llegar
Lo que es tan justo á decir,
Cuando yo sepa escribir
Como tú sabes pintar.

Es tu modestia tan rara,
Que ya dejo de alabarte,
Oh pintor, por no sacarte
Los colores á la cara:
Tu habilidad nada avara
Multiplica sin segundo
Retratos, y me confundo

Al ver tanta propiedad,
Creyendo por la verdad
Que vas duplicando al mundo.

A otro pintor que hizo un retrato sumamente parecido.

Puede el hombre más sensato
De tu pincel inferir
Que le ha vuelto á producir
En las líneas del retrato:
Al ver su fiel aparato
La naturaleza bella,
Pudiera formar querella,
Con un asombro profundo,
De ver que hay hoy en el mundo
Quien haga tanto como ella.

A una señora de gran hermosura y de mucha habilidad
para la música.

Habilidad y hermosura
Competir en ti se ven,
Sin saber de cierto á quién
Por superior se la jura:
Mas por cierta conjetura,
Si no me engaña el deseo,
Me parece que en ti veo,
Con ventajosa manera,
Una Eurídice heredera
De la habilidad de Orfeo.

Receta segura contra la hipocondría.

Vida honesta y arreglada,
Hacer muy pocos remedios,
Y poner todos los medios
De no alterarse por nada:
La comida moderada,
Ejercicio y diversion,
Nunca tener aprension,
Salir al campo algun rato,
Poco encierro, mucho trato,
Y continua ocupacion.

A un amigo del autor que le decía que por qué no pretendía sus ascensos, y procuraba salir á mayor empleo.

Como es toda mi intencion
La de vivir descansado,
El más pequeño cuidado
Es mi mayor dotacion:
Si me diera la ambicion
La riqueza sin guarismo,
Por un cierto silogismo,
Que vendría á ser infiero,
Dueño entonces del dinero,
Y ahora lo soy de mí mismo.

A un amigo que visitaba á otro muy á menudo, y le daba señoría sin tenerla, porque le diera chocolate por las mañanas.

Cuando á visitarle viene
De tal manera le engalla,
Que el tal le da cuanto halla,
Y él le da lo que no tiene.
Tan favorecido viene
A estar con sus cortesías,
Que casi todos los dias
Le traga como un orate
Jícaras de chocolate
A trueque de señorías.

A un gloton que jamás comía en su casa.

¡Oh tú! almacén general,
Que en pitagórica empresa
Trasmigras de mesa en mesa,
Como embudo racional,
Allá en el ancho canal
De tu estómago portátil,
Se halla un ácido volátil,
Tal, que en cualquiera funcion

Digiere con perfeccion
Hasta los huesos de dátil.

En nombre de un escribiente á quien su amo daba muy poco de comer.

(Imitacion de Gerardo Lobo.)

Los filósofos con brío
Sostienen por gran certeza
El que en la naturaleza
No se da lugar vacío.
Yo de su opinion me rio,
Al verme hambriento reclamo,
Y de física este ramo
Nunca hubieran defendido,
Como hubieran conocido
A mis tripas y á mi amo.
Cuando la tarea toma
De dictarme, le pregunto:
¿Qué pongo? y él dice punto;
Jamás me dice que coma.
La risa á mí se me asoma,
Y él entonces irritado,
Me dice: desvergonzado,
Yo pondré á tu boca freno;
Y yo respondo: eso es bueno,
Que así probaré un bocado.
Del hambre obligado exclamo,
Y un dia que me examina,
Le respondí en la doctrina:
Contra la gula mi amo.
Él, al escuchar que clamo,
Más me amenaza, y yo al ver
Que voy á desfallecer,
Le dije: puede usted al punto
Ir á buscar un difunto,
Que le sirva sin comer.

Sistema de pretendientes.

Hacer gala placenteros
De títulos honorarios,
Y aprender por diccionarios
La ciencia de los librereros:
Importunar lisonjeros
Con teson impertinente,
Cultivar un buen agente,
Dar con diligente modo
Memoriales para todo,
Y esperar eternamente.

A un soltero muy divertido y enamorado.

Muy contento viene á estar
Con cualquier carga gravosa,
Como no tenga otra cosa
Que le impida enamorar:
No hay persona en el lugar
Que viva con más contento;
Mas como todo su intento
De casarse viene á ser,
El vive de apeteer
Su propio arrepentimiento.

Epitafio para un hombre que fué muy flaco, y de las señas y genio siguiente:

Este original del Greco,
Acartonado y enjuto,
Fué de color de escorbuto,
Carilargo y anquiseco.
Habló grave, tosió hueco,
Y fué un grandísimo maza;
Más capaz con su cachaza
Y adormitada paciencia,
De refuir una pendencia
Sobre un grano de mostaza.

Epitafio para un vagamundo mal entretenido y peor inclinado.

Aquí yace una malicia,
Que siempre fué acompañada

De una intencion depravada
Y una ratera codicia:
Sólo encontró su delicia
En las ermitas de Baco:
Fué discípulo de Caco,
Y jamás se llegó á ver
Sin botella, sin mujer,
Sin naipes y sin tabaco.

Epitafio para un calesero que fué muy comedor.

Mientras vivió caminando
El que yace en esta huesa,
Dió martirio de calea
A cuantos llevó arrastrando;
Pero aquí está ya pagando
De su vida los excesos;
Pues si en sus varios sucesos
Fué buitre para tragar,
Para haber de atormentar
Fué también quebranta huesos.

Epitafio para el ilustrísimo señor Obispo de Osma, confesor que fué de Carlos III.

Murió de avanzada edad
Este prelado, en quien ves
El celo, el desinterés,
El retiro y la equidad;
En modestia y gravedad
A todos se aventajaba;
Premios al mérito daba,
Luego que le conocía;
Mas, ¿qué mucho, si aprendía
De aquél á quien enseñaba?

Retrato de un hombre de bien, y amigo del autor.

No murmura ni maldice,
Es manso de corazón,
Obra en justicia y razón
Y piensa bien lo que dice.
Su traje en nada desdice,
Procede con realidad,
Habla siempre la verdad,
Socorre al necesitado;
Es noble, rico y letrado,
Y no tiene vanidad.

El nuevo peinado llamado la Caracalla.

Este peinado aplandido
Es un antiguo peinado,
De nuevo resucitado,
Y de las damas seguido.
Un autor muy conocido
Dice que es una antigualla,
Tomada de una medalla
Que se halló en el Herculano,
Donde se ve así un romano
Del tiempo de Caracalla.

Epitafio para un perro que fué muy poltron y sosegado.

Muerto yace y sepultado
En este triste rincón,
El perrillo más poltron
Que en el mundo se ha criado.
El pasó la vida echado,
Y su pereza perruna
Para todos fué oportuna;
Pues con su diente leal
Jamás á nadie hizo mal,
Por no hacer cosa ninguna.

A un general de un mérito sobresaliente.

Si viviera, considero
Que en la presente ocasion,
Con justísima razón,
Hiciera tu elogio Homero.
Diría que verdadero

Tu mérito desmedido
Ha realizado y cumplido,
En tus victorias completas,
Cuanto los grandes poetas
De sus héroes han fingido.

Verdadero retrato de la calle de San Anton de Madrid.

Perros, borricos y machos,
Viejas horribles y eternas,
Bodegoncillos, tabernas,
Y suciedad de muchachos;
Gran número de borrachos,
Juramentos y disputas,
Cáscaras de varias frutas,
Verduleras y cabreros,
Muchos chiquillos en cueros
Y rabaneras astutas.

Una mujer de mala vida.

Es una arpía inhumana,
Veneno de licenciosos,
Escarmiento de golosos
Y ruina de gente sana;
Monstruo que come sin gana,
Anillo de todas manos,
Azote de hombres livianos,
Género comun de dos,
Censo de San Juan de Dios,
Y hacienda de cirujanos.

JUICIO IMPARCIAL,

ó definicion critica del carácter de los naturales de los reinos y provincias de España.

EL ESPAÑOL EN GENERAL.

El español es honrado,
Es esforzado y valiente,
Es moderado y prudente,
Buen marino y buen soldado:
Es obediente y callado,
Es generoso y sufrido,
Ingenioso y advertido;
Y con tal disposicion,
Por falta de aplicacion
Es un tesoro escondido.

CASTILLA LA VIEJA.

Es el castellano viejo
Hombre de buen corazón
Y de muy sana intencion
Para dar un buen consejo;
No es hombre de gran despejo,
Es algo lerdo y mohino,
Y el fruto más peregrino
Que su sencillez encierra,
Es sólo el que da su tierra,
El pan pan, y el vino vino.

CASTILLA LA NUEVA.

Castilla la Nueva es
País sano y agradable,
La gente bastante amable,
Mas afecta al interés;
Todos los campos que ves
Cultivados con ardid,
Harán mucho más que un Cid,
Sin catar jamás el pan,
Si un año con otro dan
Cebada para Madrid.

ASTURIAS.

El asturiano, cerdoso,
Bajo, rechoncho y cuadrado,
Forcejado y mal formado,
Es un mixto de hombre y oso;
Su carácter es honroso,

Hombre de bien, mas sin maña
Todo lo emprende con saña,
Y son, según les inclina
Su afecto á mozos de esquina,
Las acémilas de España.

MARAGATOS.

Los maragatos, bonazos,
No son bestias por un tris,
Pues cualquiera del país
Es un pobre calzonazos;
Venciendo mil embarazos,
Van y vienen muy aprisa
Con sus lienzos; y es la risa,
Que así como me lo quiero,
Se llevan nuestro dinero,
Aunque nos dan la camisa.

GALICIA.

No se les puede negar
A los gallegos más legos,
Que vale por mil gallegos
El que llega á despuntar;
No prueba su paladar
Más que coles y pan seco,
Y hasta el anciano más cluenco
Baja el verano á segar
Con gusto á todo lugar,
Ménos al Lugar de Meco.

VIZCAYA.

El vizcaíno severo,
Con dureza nunca oída,
Prefiere siempre á su vida
La defensa de su fuero;
Es amigo verdadero,
Es un mercader honrado,
Es marinero arrestado,
Y es capaz con entereza,
Sin cansarse la cabeza,
De escribir más que el Tostado.

NAVARRA.

Navarra, en la realidad,
Da de sí la gente honrada;
Y aunque es un poco pesada,
Guardan palabra y verdad;
En todo tiempo y edad
Son terribles comedores,
Igualmente bebedores,
Y todos son traficantes,
Asentistas, comerciantes,
Indianos y capadores.

RIOJA.

Es la gente riojana
Oficiosa de manera,
Que muy bien á otra cualquiera
La puede cardar la lana;
Es fuerte, robusta y sana,
Y tiene todo su gozo,
Desde el más viejo al más mozo,
Vivir en campaña rasa,
Y abandonando su casa,
Pasar la vida en un chozo.

MONTAÑES.

Es del montañés la gloria,
Guardar por antigua prenda,
En una pequeña hacienda
Una grande ejecutoria;
Del noble país la historia
Toda alojería embebe;
Y creo, pues se le debe
Al montañés esta maña,
Que es la nobleza de España
Más cercana de la nieve.

MADRID.

Aun las personas más sanas,
Si son en Madrid nacidas,
Tienen que hacer sus comidas

De píldoras y tisanas;
Diamantes como avellanas,
Estrado corbatín,
Ricas vueltas y espadín
Suele ser su adorno bello;
Mas siempre marcado el cuello
Con sellos de Anton Martín.

ALCARRIA.

El alcarreño sencillo
En su modo de vivir,
No sabe jamas salir
De entre romero y tomillo;
En cualquiera lugarcillo
Se cria gente muy fiel,
Echan los pobres la hiel
Trabajando como brutos,
Y al fin sus colmados frutos
Es un poquito de miel.

MANCHA.

Al que llega á caminar
Por la Mancha, sin falencia
Le enseñan con gran frecuencia
La horca antes que el lugar;
No gustan de trabajar,
Es gente de poca espera,
Arman pronto una quimera,
Y nunca de hambre se mueren;
Pues son dueños, cuando quieren,
De lo que tiene cualquiera.

EXTREMADURA.

Espíritu desunido
Anima á los extremeños,
Jamás entran en empeños,
Ni quieren tomar partido;
Cada cual en sí metido,
Y contento en su rincón,
Aunque es hombre de razón,
Vivo ingenio y agudeza,
Vienen á ser por pereza
Los indios de la nación.

ANDALUCÍA.

Al andaluz retador,
Y excesivo en ponderar,
No se le puede negar
Que es gente de buen humor;
Viven sin pena y dolor,
Galantean á sus madres,
Jamás están sin comadres,
Y en sus desafíos todos
Se dicen dos mil apodos,
Y luégo quedan compadres.

ARAGON.

El aragones osado,
Todas las cosas emprende
Con tesón, y las defiende
Con espíritu arrestado;
Testarudo y porfiado,
A nadie cede su gloria,
Y para formar su historia
Jamás perdona fatiga,
Y aspira siempre á la intriga,
Al dominio y la memoria.

CATALUÑA.

El catalán officioso,
Carruajero, navegante,
Mercader y fabricante,
Jamás vive con reposo;
En un país escabroso,
A costa de mil afanes,
Marca tierras, hace planes;
Y aunque sea en un establo,
Al fin por arte del diablo
Hace de las piedras panes.

VALENCIA.

Valencia, fuera de chanza,

Que infunde á todos infiero
Un espíritu ligero,
Muy dispuesto á la mudanza;
Llevan muy floja la panza,
Son de corazón muy frío,
Habitan siempre en el río,
Y al fin tienen de este modo
La sustancia para todo
De gente de regadío.

MALLORCA.

Del mallorquín el tesoro
Es el aceite y el vino,
Aborrece al argelino
Y á toda casta de moro;
Aman la plata y el oro,
Y guardan bien su peculio;
Todo el año es mes de Julio,
Y con rara devoción
Dan culto y veneración
A su Raimundo de Lulio.

MURCIA.

El murciano, trabajando
Alegre en su barraquilla,
Al són de una guitarrilla
Pasa la vida cantando;
El suele de cuando en cuando
Jugar una morisqueta;
Pero es su intención escueta
Cuidar de sus naranjicos,
Criar cuatro gusanicos
Y guiar una carreta.

PORTUGAL.

Piensa el portugués finchado
Que es más que un rey de otra parte,
Que sujeta al mismo Marte
Y que al mundo ha dominado;
Que á todos la ley ha dado,
Que es más fuerte que Sansón,
Más sabio que Salomón,
Y creyendo lo que ves,
Todo, todo esto es
Un terrible mentiron.

CANARIAS.

El canario, siempre vago,
Buscando en el mar su vida,
Hace toda su comida
Con un plátano y un trago;
Los ingleses con halago,
Sacan el fruto que encierra
Su fértil y hermosa tierra,
Y vienen á ser con maña
Vasallos del rey de España
Y hermanos del de Inglaterra.

AMÉRICA.

El indiano con ardid
Vence mil riesgos, y gana
Mucho dinero en la Habana
Para gastarlo en Madrid;
El vive en continua lid,
Y su paradero es,
Con todo el afán que ves,
El ser pretendiente eterno
De un hábito, de un gobierno,
O un título de marqués.

SONETOS.

DESCRIPCION DE LAS CUATRO ESTACIONES
DEL AÑO.

I.

INVIERNO.

Cubierta la escarpada y alta cumbre,
En el rígido invierno, con la nieve,

El agitado viento el árbol mueve,
Y el yerto labrador busca la lumbre.
De las nubes la espesa muchedumbre
El claro sol á oscurecer se atreve,
Alterando los rios, cuando llueve,
De su nativo curso la costumbre.
La granizada, escarcha y duro hielo
Erizan al pastor con fría saña,
Y al punto que la antorcha clara y rubia
Del fugitivo sol oculta al cielo,
Duerme Silvio abrigado en su cabaña
Al recio són del viento y de la lluvia.

II.

PRIMAVERA.

A los soplos del céfiro templado,
Amanece sereno y claro el día,
Y desterrada ya la estación fría,
De esmeralda se viste el verde prado.
De los tiernos pimpollos coronado
Se ve el chopo en la selva más sombría,
Y el abierto botón con alegría
Deja el suelo de grana matizado.
Sale Nise al jardín y coge rosas,
Disfruta el cazador el campo bello,
Deliciosos amores canta Fabio,
Y recostado en hierbas olorosas,
El rústico zagal levanta el cuello,
Y á la dulce zampofia aplica el labio.

III.

VERANO.

Toca la cumbre del sereno cielo
La benéfica luz de los mortales,
Y apenas ve de Cáncer los umbrales,
Abrasa el seco y agostado suelo:
El tosco segador busca consuelo
Del arroyo y la fuente en los cristales,
Cuyos frescos y líquidos raudales
Apaciguan su sed y su desvelo.
Recoge el labrador la mies dorada,
El tardo buey la trilla y acarrea,
El cansado gañán duerme á la sombra;
Y al mirar su cosecha asegurada,
Vuelve con esperanza á su tarea,
Y con ella en su afán nada le asombra.

IV.

OTOÑO.

Del abrasado sol la rubia cara
Se vuelve á la región del polo helado,
Y viendo ya su fruto sazonado,
Silvano á la vendimia se prepara.
Examina la vid su mano avara,
Y cortando el racimo delicado,
En el lagar antiguo y remostado
Le exprime, y en vasijas le separa.
A las primeras lluvias officioso
Rompe la tierra el rústico aldeano,
Cuida el simple pastor la tierna cria,
Vuelve aquél otra vez, y presuroso
Renueva el hondo surco y siembra el grano,
Que espera recoger con alegría.

V.

LAS CUATRO EDADES DEL HOMBRE.

Al mundo sale del nativo seno
El hombre, de congostas rodeado,
Y en la inocente cuna reclinado,
De defensa y razón se mira ajeno.
De amargo llanto y de ternura lleno,
En abundantes lágrimas bañado,